



*Tratado de la Resurreccion de Jesu-
Christo, por toda la Carta VIII y sig.^{tes}*

mis amigos, y sería hacer un buen servicio á este mi favorecedor, que por su dulzura y modestia merece ser feliz.

En estas reflexiones pasé hasta el dia siguiente, en el que sucedió lo que verás en mi primera. A Dios, Teodoro.

CARTA VIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Teodoro mio: vino el padre, y apenas tomó asiento cuando me dijo: Hoy estamos emplazados para examinar los mayores milagros que hubo ni pudo haber jamas, que son la resurreccion y la ascension pública de Jesucristo; milagros que no solo son grandes por sí mismos, sino que estan encadenados con los otros milagros y con los demas hechos de su vida, porque si la resurreccion es cierta todo lo demas lo es: Jesucristo es Dios, y euanto dijo Jesucristo es verdad: estas son consecuencias necesarias. Así, con la prueba sola de estos milagros, su mision, su divinidad, su

TOM. I. 18

Evangelio, su doctrina, su Iglesia, en fin, todo el cristianismo queda canonizado.

Lo singular es, que estos milagros tan grandes, tan estupendos, tan difíciles de creer, y aun de imaginar si no fueran verdaderos, son los mas claros, los mas evidentes, los mas fáciles de probar, y los que tienen en su favor pruebas mas positivas y mas indubitables. Parece que la Providencia, para quitar toda excusa á los incrédulos, quiso que fuesen mas fácilmente demostrables estos milagros que lo prueban todo, y que son la base y columna de la religion.

Empecemos por los hechos históricos en que todos convienen. Nadie duda que en tiempo de Augusto nació en Belen, lugar de la Judea, un hombre llamado Jesus, que fué crucificado en Jerusalem en el de Tiberio y cuando Poncio Pilato era gobernador de la provincia. Este hecho está probado no solo por los cristianos que le adoran, sino por los turcos que le veneran, y por los mismos judíos, que desde entónces le dieron por desprecio el apodo del instrumento de su suplicio, y aun hoy mismo llaman con el mismo á los cristianos.

Los gentiles hacen tambien mención de Jesus. Suetonio habla de él dándole el nombre de Cres-
to, que es el de Cristo mal pronunciado; Tácito habla positivamente de su muerte; Plinio refiere que los cristianos le adoraban como á su Dios,

Christa, por toda la Carta VIII y sig.

y que eran gentes virtuosas, sin otro defecto que una excesiva tenacidad en su religion; Luciano, para burlarse de los cristianos, dice que su Dios murió en una cruz, que les hizo creer que todos eran hermanos, y que despues que renunciaron la religion de sus padres, se sometieron á las leyes del Crucificado.

Juliano, que no podia negar ni su crucifixion ni sus milagros, solo se esforzó á disminuirlos. Dice que se hace mucho ruido con los milagros de Jesucristo; pero que miéntras vivió en la tierra no hizo nada extraordinario, á ménos que no se mire como una maravilla dar vista á algunos ciegos, sanar algunos paralíticos, y curar de los espíritus malignos algunos energúmenos: todo esto en su concepto no era nada, porque en su opinion otros habian hecho lo mismo. Filostrato para persuadirlo inventó los milagros de Apolonio; y los Judíos habian publicado que si Jesucristo habia hecho milagros era porque habia descubierto la verdadera pronunciacion del nombre *Jehova*: ridículos subterfugios, pero que prueban la evidencia de los hechos.

Celso, el mas hábil y mayor enemigo de los cristianos, no solo reconoce la existencia de Jesucristo; sino confiesa una gran parte de los hechos que refieren los evangelistas, su nacimiento, su huida á Egipto, sus viajes por las aldeas y lugares para predicar en ellos y hacer paten-

tes sus milagros, el modo con que fué vendido, y últimamente, su muerte y pasión. Es verdad que todo lo refiere dándole un mal colorido para hacerlo ridículo; pero no es ahora mi objeto mostrar lo absurdo de sus ratiocinios; Orígenes lo hizo: á mí me basta que él confiese la realidad de los hechos, porque no era posible negarlos.

Es, pues, indubitable que Jesucristo murió en la cruz, y lo es tambien que el mismo Jesucristo lo habia predicho muchas veces á sus discípulos, añadiéndoles que no se desconsolasen, porque resucitaria al tercero día (1). Nadie duda de la prediccion, pues no solo era pública en Jerusalem antes de su muerte, sino que sirvió de fundamento á su condenacion. Los testigos le acusaron delante de los jueces de haber dicho (2) que destruiria y reedificaria en tres días el templo, que era una de las figuras bajo la cual profetizaba su muerte y resurreccion; figura que los judíos entendian en el mismo sentido, pues por esto fueron á decir á Pilatos: „Señor (3), aquel seductor cuando vivia, dijo: Yo resucitaré al tercero día; mandad pues, que su sepulcro sea guardado tres dias, no sea que sus discípulos vengan de noche, le roben y digan al pueblo que resucitó de entre los muertos.“ Esta impostura se-

(1) Matth. xvii. 22. et (2) Matth. xxvi. 61.
xxvii. 63. Marc. ix. 30. (3) Matth. xxvii. 64.
et x. 34. Luc. ix. 22.

ria peor que la primera. Pilatos les respondió: „Guardias teneis: aseguraos como os parezca.“ Este es hecho constante que no se puede disputar.

Ahora bien, ántes de pasar adelante observemos que Jesucristo habia hecho esta prediccion muchas veces y de varios modos, anunciando que los principales sacerdotes, escribas y doctores de la ley serian los autores de su muerte (1). Era, pues, dueño de evitarla si hubiera querido, porque para esto le bastaba irse á otra parte; pero léjos de eso riñe y censura á Pedro, que queria disuadirle el morir. Es claro, pues, que su muerte era no solo libre, sino que él mismo la consideraba útil, necesaria, y que debía producir efectos ventajosos. ¿Qué efectos ventajosos pudiera producir su muerte si fuera como la de los hombres, si no estuviera seguro de que podia resucitar como lo prometia, pues solo podia hacerla útil con su resurreccion?

Observemos tambien que la víspera de su muerte hizo una institucion que no se hizo nunca ni se hará jamas; una fundacion en memoria de ella y con el fin de recordarla. Manda positivamente que sus discípulos la repitan, la renueven y la hagan en su conmemoracion (2); y no dice que

(1) Marc. viii. 31. 32. 33.

(2) Luc. xxii. 19. et 1. Corinth. xi. 24.

la hagan hasta que resucite, sino hasta que vuelva. Así no solo asegura que resucitará presto, sino que volverá al fin de los siglos: y todo esto prueba que Jesucristo previó su muerte, que la sufrió voluntariamente, que se preparó para ella, y que consoló á sus discípulos con la esperanza de la resurreccion.

Ahora digo yo: O cuando Jesucristo decia estas predicciones, cuando mandaba renovarlas en su memoria y á su ejemplo hasta que volviere al fin de los siglos, ¿estaba seguro de su resurreccion, ó no lo estaba? Si no lo estaba, ¿qué queria decir todo aquello? Su conducta es la de un hombre insensato, á cuya extravagancia no seria posible encontrar nombre. ¿Cuál podia ser su designio? ¿Qué interes ni qué objeto podia tener en aquella farsa? ¿Qué ilusion podia producir un hombre que dentro de pocos instantes va á morir, y que su muerte va á desengañar en breve de que no era mas que un miserable mortal y juntamente un impostor?

Y si no es mas que esto, ¿por qué no huye para evitar la muerte, pues todavia lo puede hacer cuando cena? Que se me diga tambien ¿qué quiere decir la ceremonia que instituye en memoria de su cuerpo? ¿Qué memoria merece un cuerpo que presto será despojo de la muerte, que quedará siempre en su poder, y cuya corrupcion no se puede esconder á sus discípulos? Un hombre

que engañara así, no solo no seria virtuoso y cuerdo, sino ó impostor y vil, ó estúpido y demente; y la vida, los hechos y los discursos de Jesucristo desmienten ciertamente la posibilidad de uno y otro carácter.

Veamos ahora por otro lado. Si Jesucristo está seguro de resucitar, no lo podia estar sino porque sentia en sí una virtud poderosa y divina con que lo podia hacer; aquella misma virtud con que dió vista á los ciegos, salud á los enfermos y vida á los muertos. De esto resulta que estos milagros fueron ciertos, pues quien podia resucitarse á sí mismo, podia tambien resucitar á otros: resulta tambien que Jesucristo debia tenerlos por tales, pues si los hubiera creido falsos, no pudiera creer que su resurreccion seria verdadera; y resulta últimamente, que si los creía ciertos, no podian dejar de serlo, porque los hechos eran de tal naturaleza, que es imposible que se engañe el mismo que los hace.

No era posible que Jesucristo se figurase que con poco pan habia sustentado cinco mil hombres una vez, y cuatro mil otra; que habia resucitado al hijo de la viuda de Naim, á la hija de Jayro, á Lazaro de Bethania; que habia hecho andar á Pedro sobre las aguas, y otros muchos prodigios, si no fueran ciertos; y el que ha podido hacer estos prodigios merece ser creido cuando predice su resurreccion.

Consideremos esto mismo por otro aspecto. Es indubitable que Jesucristo ántes de morir no sólo predijo su muerte, sino también todas las circunstancias de ella. Este fué el cargo principal de que se le acusó en su causa, y es evidente que habia dicho en presencia de las tropas del pueblo que le seguian (1): Cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré á mí todas las cosas. Es evidente también que las gentes que lo oían, lo entendieron en el mismo sentido en que lo decia Jesucristo; esto es, que moriria y con muerte de cruz, pues se decian entre sí (2): ¿Cómo ha de ser este el Mesías, pues dice que ha de morir levantado en una cruz, cuando el Mesías debe vivir eternamente? Es cierto también que Jesucristo insistió repitiendo: Conviene que el Hijo del hombre muera de este modo. Es, pues, claro, que no sólo profetizó su muerte, sino la calidad de su suplicio, y en tiempo en que nadie podia saberlo.

Pero no es esto solo; porque después á sus apóstoles les individualizó hasta las más menudas circunstancias, y las más eran de un género que nadie las podia prever (3). Nosotros, les dijo, vamos á Jerusalem, y allí el Hijo del hombre será entregado á los gentiles: *Será ultrajado, escarnecido, azotado y crucificado.* Le afearán el rostro

(1) Joan. cap. 12. V. 31.

(2) Joan. ibi. V. 34.

(3) Matth. cap. 20. V. 18.

con salivas, y morirá lleno de oprobio. Ya los profetas muchos siglos ántes habian profetizado que estas serian las circunstancias con que debia morir el Mesías. Ya el mismo Jesucristo habia declarado que él era el Mesías, y que en su persona se debian cumplir todas aquellas profecias, y entónces no hace otra cosa que declarar á sus discípulos que ya ha llegado el tiempo de que se cumplan todas, expresándolas por menor. Ahora digo yo: No hay mortal que sin una luz divina pueda saber el tiempo de su muerte, y mucho ménos las circunstancias que deben acompañarla. El mismo Salvador habia dicho una vez: Estad prontos, porque no sabeis ni el dia ni la hora; y otra vez dijo: Estad prontos, porque cuando ménos penseis vendrá el Hijo del hombre. Pero cuando no lo hubiera dicho, ¿qué mortal no tiene en sí mismo la conviccion íntima de que ni él ni hombre ninguno puede desde lejos adivinar el dia de su muerte, y mucho ménos las circunstancias inciertas, obscuras y contingentes que deben concurrir en ella? No hay nadie que no sienta que esta prevision está fuera de las concepciones del espíritu humano, y que este es un conocimiento únicamente reservado á la Divinidad. Asi, pues, siendo indubitable que Jesucristo las predijo todas con una descripción tan circunstanciada; si la historia acredita que los sucesos correspondieron á las predicciones, no puede el en-

tendimiento humano resistirse á la induccion que resulta de que el que con tanta seguridad profetizaba lo que tan exactamente se ha cumplido, veia con una luz superior á la que se ha concedido á los hombres. ¿Y qué será si á estas predicciones capitales se añaden otras muchas, que por su pequeñez, su contingencia y multitud son menos susceptibles de cálculos, conjeturas ó combinaciones? ¿Si hubiera profetizado, por ejemplo, que seria vendido? ¿Si hubiera expresado el precio en que debía serlo, y el empleo que se haria de este dinero? ¿la distribucion de sus vestidos? ¿las suertes que se echarian sobre su túnica? ¿la hiel que se le debía presentar? y otras mil cosas, todas menudas, que no eran regulares, que solo se ejecutaron en la muerte de Jesucristo, y que se hicieron solo para que se verificasen las profecías que deberían cumplirse en la muerte del Mesías. *Ut adimplerentur Scripturae*, dice un evangelista (1); y *ut adimpleatur Scriptura*, dice otro (2).

La historia cuenta que Jesucristo ántes de morir habia predicho á todos sus apóstoles que uno de ellos le habia de entregar; que á otro, que era San Pedro, le profetizó que tres veces le habia de negar; añadiéndole que no obstante aquella flaqueza, su fe no faltaria, y que despues de su con-

(1) Matth. xxvi. V. 56. (2) Joan. xiii. V. 18.

version confirmaria en ella á sus hermanos; que cubierto de lágrimas predijo á Jerusalem que seria destruida y arrasada hasta los cimientos, y otras mil cosas que todas eran contingentes, y dependian de causas libres: cosas que podian muy bien no suceder, y que no se podian conjeturar; cosas de tal especie, que siendo inciertas, y debiendo estar escondidas en los arcanos de la ciencia divina, solo puede reputarse loco y temerario el que se atreviera á asegurarlas desde tan léjos: y como es indisputable que Jesucristo las aseguró, ó es menester concluir que era el mas temerario de los hombres, ó es preciso examinar la historia para ver si se han cumplido con una exactitud que no deje lugar á la duda, ni puedan atribuirse al acaso, porque de este cotejo resultará el concepto que debe formarse del profeta.

Si la historia acredita que todas aquellas profecías, aunque tan multiplicadas, menudas y contingentes, se han cumplido con exactitud, es imposible resistir á la demostracion que resulta de que aquel hombre estaba inspirado; que era un profeta verdadero, y en el caso de Jesucristo resulta tambien que era el Mesías, y lo que es mas, que tambien era Dios. Esto es tan claro, que no es posible que un juicio sano no sienta la evidencia de esta induccion, y es muy fácil demostrarlo mirándolo por partes.

Es profeta, porque no puede dejar de serlo el

que predice cosas futuras que dependen de causas contingentes y libres, que estan fuera de todo cálculo y combinacion humana; sobre todo, cuando por su muchedumbre y obscuridad no puede el buen sentido atribuirselas al acaso.

Si Jesucristo era profeta inspirado y verdadero, no podia dejar de ser el Mesías, porque decia que lo era, y no podia mentir el que Dios inspiraba con una luz divina, que era garante de su sinceridad; y porque prediciendo en su persona la muerte y las circunstancias de ella, que los otros profetas habian vaticinado para la muerte del Mesías, probaba con su verificacion que lo era; y si habia probado que era profeta por haber predicho su muerte con las circunstancias que la acompañaron, probaba tambien que era el Mesías, pues murió con la muerte, y del modo con que este debia morir.

Lo que es mas, tambien probaba que era Dios, porque no solo predice lo que solo Dios podia saber, sino que hace lo que solo Dios puede hacer. El que conoce lo mas oculto de los corazones, el que penetra las mas escondidas intenciones de los hombres, y sabe lo que han de hacer antes de que ellos mismos lo sepan, y tal vez aunque ellos crean lo contrario, tiene necesariamente la luz de Dios. *Scrutans corda & renes Deus.* En fin, si se verificó todo lo que Jesucristo predijo, aunque fuese tanto y tan imposible de prever, si en

nada se engañó, es necesario reconocer que hablaba con el Espíritu divino, y que no podia mentir en nada. Y si ha predicho tambien su propia resurreccion, como no se puede dudar por el testimonio mismo de sus acusadores, ya tiene mucho derecho para que antes de resolver nada en nuestro juicio, esperemos siquiera á ver el éxito de los sucesos.

No hay nadie que no deba suspenderse y decir: El que ha predicho tantas cosas tan obscuras, y únicamente dependientes del libre arbitrio de los hombres, y no se ha engañado en ninguna, tampoco se ha engañado en su muerte, ni en ninguna de las circunstancias que nadie podia prever. Ahora predice su resurreccion. Lo ménos que puedo hacer es suspenderme hasta que llegue el tiempo de verificarla. Y si por accidente, cuando llega este tiempo, vienen otros nuevos motivos poderosos, que por sí solos inducen á creerla, ¿cómo es posible que esta prediccion anticipada no corrobore mucho los nuevos testimonios que procuran acreditarla? Examinemos, pues, los de la historia, para ver si son conformes con las profecías, y no nos atengamos sino á los que sean tan ciertos, tan públicos y notorios, que no sea posible dudar de su autenticidad. Pero antes es preciso confesar, que si estos testimonios ajenos acreditan que resucitó, como predijo, se fortifican mucho en aquella anticipada prediccion.

Después de haber examinado la disposición de Jesucristo, veamos la de los sacerdotes, escribas y fariseos; veamos la relación que hicieron los soldados destinados á guardar el sepulcro, que guardaron tan mal: la consideración de estas circunstancias puede darnos mucha luz en el examen de un hecho que es tan importante y esencial.

Se ha visto que los fariseos, los doctores de la ley, y en general cuantos componían el gran consejo, movidos por la misma pasión con que hicieron morir á Jesucristo, recelaron que sus discípulos robasen el cuerpo, y dijese que había resucitado. Su diligencia con Pilatos, el ardor con que procuraron la muerte de Jesús, y los esfuerzos con que solicitaron poner una guardia para impedir la sustracción del cadáver, deben persuadir que harían lo que la prudencia más exquisita les aconsejaba, para no dar lugar á un error tan contrario á su honor, á su opinión, y que manifestaría su injusticia.

Es, pues, natural que encargasen mucho á sus soldados una custodia fácil, que no debía durar más que tres días; y es natural que escogiesen hombres de su confianza, para que no se dejasen sobornar, ni permitiesen que por descuido ó de otro modo se robase un cuerpo que tanto les importaba conservar en el sepulcro.

¿Pero qué es lo que sucede? A pesar de tanta guardia y de tantos encargos, el domingo por la

mañana el cuerpo no está en el sepulcro, y no se sabe lo que se ha hecho. ¿Dónde está, pues? ¿Quién lo ha sacado, ó cómo ha salido? Los soldados se habrán dejado ganar á fuerza de dinero. ¿Pero quién puede haberlos corrompido? No los discípulos, porque son pobres, porque están dispersos, porque el temor los ha hecho ir cada uno por su lado. ¿Cómo es posible que hombres sin medios, y que con la fuga se esconde cada uno á su propio peligro, imaginasen corromper soldados encargados de la custodia por los principales de la nación, y que exponían su vida si se averiguaba su negligencia ó su traición?

Será, pues, que los discípulos habrán ido á robarle de mano armada, y que los soldados no se habrán atrevido á oponerse. ¿Pero cómo se puede suponer que aquellos soldados sean tímidos, y que los discípulos que en la pasión y muerte de su Maestro dieron tantas pruebas de serlo, se transformen de repente en hombres tan valerosos y determinados, que emprendan á pesar de una guardia robar por fuerza un muerto, que abandonaron de miedo cuando estaba vivo? Por otra parte, no es lo que dicen los guardias.

¿Pues qué dicen? Que los discípulos le robaron cuando ellos dormían: mala excusa y mala tropa. ¿Dónde ni en qué tiempo se ha visto que los soldados se entreguen todos al sueño, sin dejar un centinela que vele y advierta? Este ha si-

do el primer elemento de la disciplina militar en todos los siglos y en todas las naciones; y no se puede presumir que ninguna tropa lo abandone, sobre todo la que está tan encargada de guardar un cuerpo cuya extracción se teme. Pero si á pesar de toda la inverosimilitud, estos soldados han sido capaces de tanta negligencia, ¿cómo no se ha castigado su delito? Por otra parte, yo quisiera que me explicasen cómo si estaban dormidos pueden saber que son sus discípulos los que le han robado?

Todo esto es incomprendible; pero lo que me espanta mas es que el gran consejo ó el sanedrín no procure por su propio honor y por el interes público averiguar la verdad. ¿Por qué se contenta con esta excusa tan inverosímil y miserable que nadie podrá creer? En efecto, este asunto causa ya tanto rumor en Jerusalem, que muchos se convierten despues: en un dia solo cinco mil personas han creido en la resurrección, y han adorado al hombre que hicieron crucificar. ¿No es tiempo de manifestar este robo, y quitar todo crédito á la seducción? ¿Por qué, pues, no estrecha á estos soldados? ¿Por qué no les hace su proceso? Ellos estan en Jerusalem; el gran consejo tiene todo el poder y autoridad; su honor está comprometido; le importa mucho castigar la negligencia, ó hacerles confesar su perfidia, obligándolos á declarar quién

los ha sobornado, ó cómo se han dejado sorprender; esta diligencia es necesaria, tanto para justificar su conducta en la muerte de Jesucristo, como para desengañar al pueblo, que empieza á declararse abiertamente por aquel que ya ha resucitado.

Pero aun hay mas: cincuenta dias despues de la muerte de Jesucristo, y en la fiesta llamada Pentecostes los apóstoles y sus discípulos se deramaron por Jerusalem, y con voz alta y á gritos publican en calles y plazas que Jesucristo ha resucitado, que ellos todos lo han visto, que se les ha aparecido muchas veces, que han hablado con él y le han tocado; que habia subido al cielo á su vista y la de otros muchos; en fin, que les habia enviado al Espíritu Santo que estaba en ellos, y con cuya virtud podian hacer y en efecto hacian milagros (1).

Parece que por lo ménos ya es tiempo de que el consejo tome la mano; de que haga callar á estos atrevidos impostores que turban el pueblo y seducen á muchos simples, profanando la religion y el culto establecido. Ya es necesario manifestar que estos mismos falsarios son los que han robado el cuerpo: que los haga, pues, prender, y que los fuerce á decir la verdad; que los confronte con los soldados; que haga prender tambien á

(1) Véanse los Act. Apost. II. 20.

Nicodemus y José de Arimathía, para que declarasen qué es lo que han hecho de aquel cuerpo; y que en fin, la impostura sea conocida y descubierta. Estas son las diligencias ordinarias para comprobar los delitos y reconocer los delincuentes.

Lo singular es que el Consejo, tan ardiente en la muerte de Jesucristo, tan activo y solícito en la colocacion de la guardia, no hizo nada de esto, y se contenta con llamar á los apóstoles para intimarles que no vuelvan á predicar en nombre de Jesucristo, amenazándoles con castigos en el caso que reincidan; y lo que hay de mas extraordinario es, que ni siquiera entónces se atreven á acusarlos de haber robado el cuerpo miéntras los guardias dormian.

Es claro, pues, que su política consideró necesario echar tierra á este asunto, y que lo mas prudente era dejarlo caer, porque no seria posible persuadir á nadie que los discípulos habian robado el cuerpo. En efecto, ¿quién podia creer que esos hombres tan pobres, tan tímidos y tan pocos se hubiesen unido para empresa tan difícil, como levantar una piedra, romper un sello y arrancar del sepulcro un cadáver á vista de una guardia escogida, encargada y puesta de propósito contra ellos mismos?

¿Qué apariencia habia de que los soldados se entregasen tanto al sueño, que los discípulos pu-

diesen tranquilamente y sin temor de que alguno despierte, tomarse tanto tiempo como era necesario para una operacion tan larga y laboriosa, para una operacion que no solo pedia espacio y libertad, sino que no se podia hacer sin ruido; pues era menester levantar una piedra enorme, romper el sello, desliar el cuerpo, quitarle el sudario y todo el lienzo de que estaba cubierto, segun consta de la uniforme relacion del hecho?

Ya hemos visto la conducta de los judíos; veamos ahora la de los apóstoles. Estos dijeron unánimes que habian visto y hablado al mismo Jesus que fué crucificado. Yo quiero suponer que esta asercion, aunque tan unánime, fué mentira; pero para suponerlo es menester suponer tambien que se concertaron entre sí, porque sin un concierto precedente era imposible estar tan concordados, y el engaño presto se desharia por su discordia. Unos dirian que sí; otros que no: uno que se apareció á muchos; otro que á pocos ó á uno solo, y el tercero que á ninguno. Unos lo contarían de una manera, otros de otra; y si habia entre ellos alguno que fuese sincero y de buena fe, diria que no habia visto nada. Es, pues, indispensable suponer que muchos hombres se habian reunido para publicar con uniformidad y con una constancia que los exponia á la muerte, hechos por su naturaleza increíbles, y que ellos mismos tendrian por falsos. Pero si me preguntan si es-

to es posible, yo respondo que no; y ve aquí mis motivos.

No se ha visto hasta ahora ni cabe en la razon que ningun hombre, sobre todo si no le excita un grande interes, se exponga á los suplicios y á la muerte, por sostener con tenacidad un hecho increíble que él tiene por falso. Y si por una especie de prodigio hubiera alguno capaz de esta disposicion, seria extravagante imaginar que muchos juntos lo sean; no cabe esto en el corazon humano.

¿Pero cuánto crece esta imposibilidad moral, cuando los mismos á quienes se imputa esta disposicion absurda, han dado en otras ocasiones pruebas de la contraria, mostrando prudencia y timidez? ¿Cuánto es mas insensato imaginarlo de hombres distinguidos por sus virtudes; de hombres que saben que una mentira en materia tan grave, seria un delito incompatible con la vida eterna; de hombres, en fin, que si la resurreccion no es verdadera, han sido los primeros engañados, que ya no podian dudar que el que creyeron Mesias no era mas que un impostor, y por consiguiente no podian tener interes para sostener tan inútil delirio?

Por otra parte, ¿cómo es posible concebir que un concierto hecho entre hombres capaces de tanta iniquidad, pueda subsistir tanto tiempo? ¿Que no haya alguno que por evitar el suplicio, no des-

cubra á los judíos la impostura con todas sus circunstancias? ¿Que los que hicieron traicion á Jesus cuando vivia, no se la hagan despues de muerto? Porque, en fin, miéntras vivia Jesus, podian esperar alguna cosa; pero despues de muerto, si su muerte era como la de todos los hombres, ¿qué podian esperar sino miserias y suplicios con la vergüenza de haberse dejado engañar por un impostor?

Estos mismos discípulos cuando estaban persuadidos de que su Maestro era el Mesias, prometieron no abandonarle, y decian: Vamos á morir con él; con todo, desde que le vieron preso fueron tan tímidos, que huyeron y le dejaron en manos de sus enemigos; ¿y se creerá que estos mismos hombres ahora que le ven muerto, y que deberian estar desengañados de que no es el Salvador que habian creído, tengan valor para inventar y sostener un concierto inicuo, una mentira que no puede serles útil para nada, y que nadie estará dispuesto á creer?

Porque ¿qué autoridad tienen para persuadir un hecho tan inaudito? ¿Qué ventaja les pudiera traer el persuadirle? ¿Qué efecto pudiera resultar, sino deshonorar á su nacion, suponiéndola el delito mas horrible? ¿Cómo, pues, estos hombres simples, sin interes ni objeto pueden sostenerle con tanta constancia? ¿Cómo es posible que jamas varien, que ninguno se turbe ni se desdiga, que todos su-

fran los mayores tormentos y hasta la muerte mas cruel, afirmando siempre que han visto lo que ninguno de ellos ha visto? La imaginacion no puede llegar á este extremo de locura tan combinada entre tantos genios tan diferentes.

Porque este concierto no solo ha debido hacerse entre los doce apóstoles, sino tambien entre los discípulos que ya eran numerosos. Jesucristo se apareció á muchas personas y en muchas ocasiones: unas veces á las mugeres, á las que ordenó decir á sus hermanos que fuesen á Galilea, que él los precederia; otras á Pedro solo; otras á los doce juntos. Unas veces los busca cuando pescan, y hace su pesca mas abundante; otras veces se les aparece cuando estaban juntos y hacian oracion. En una ocasion se junta á la mesa, come y bebe con ellos; en otra les da diversos documentos, y les recuerda lo que les habia enseñado ántes de morir; y hubo una en que se mostró á mas de quinientos que estaban juntos (1).

Una vez convence á un discípulo incrédulo, le hace tocar sus piés y sus manos, le hace tocar la herida de su costado, y le dice: Pon aquí tu dedo, mira mis manos, y no seas incrédulo. Otra vez se aparece á dos de sus discípulos que iban á Emaús, habla largamente con ellos, y les explica la Escritura; y en otra ocasion los junta y les or-

(1) 1. Corinth. xv. 6.

dena que vayan á enseñar á las naciones y á bautizarlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Por eso eran tantos los testigos oculares de la Resurreccion. San Pablo dice en una de sus epístolas que Jesus se apareció una vez á quinientos hermanos juntos; y añade que aunque algunos ya habian muerto, la mayor parte estaba todavía en vida. Yo pregunto: ¿Si San Pablo que predicaba una religion cuyo primer principio es la verdad, se atreveria á afirmar lo si no estuviera seguro del hecho? ¿Si un apóstol, que para obtener el fruto de su celo necesitaba conservar la opinion de su veracidad, se atreveria á citar testigos que pudieran desmentirle? Y vuelvo á preguntar: ¿Si es posible que sin motivo ni interes, tantos y tan diferentes hombres se conciertan para persuadir un hecho, que á no ser cierto seria ridículo y absurdo? Yo digo que esto no es humano, ni posible ni imaginable.

Por otra parte, para suponer que estos testigos han mentido, es menester suponer cosas mas increíbles; porque es cierto que mientras Jesucristo vivió y eran sus discípulos, se mostraron tan pusilánimes y débiles como los hombres ordinarios. No se les vió mas que sentimientos conformes á los que el amor de la conservacion inspira. Seguian á Jesucristo, porque esperaban que fuese el Mesías; pero tenian mucho temor de la muer-